



EDICIONES  
DE  
AUTORES CENTROAMERICANOS  
(COSTA RICA)

Manuel González Zeledón

(Magón)

# La Propia

Segunda edición, aumentada



García Monge y Cía., Editores

San José de Costa Rica, R. C.

1920



# CON EL AUTOR

(PROLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN) <sup>1</sup>

**H**ACE más de un año, escribí al compañero MAGÓN<sup>2</sup>—actualmente Cónsul General de Costa Rica en Nueva York—pidiéndole un retrato suyo, algunos renglones autobiográficos y los mejores, a su juicio, de los artículos de costumbres costarricenses que en épocas anteriores<sup>3</sup> publicara en diversos diarios<sup>4</sup> de Costa Rica. MAGÓN respondió a mi solicitud con una

---

<sup>1</sup> Aparecida en 1912, en el tomito N.º 15 de la extinta COLECCIÓN ARIEL.

<sup>2</sup> El nombre literario y familiar con que se conoce en Costa Rica al escritor de costumbres D. Manuel González Zeledón.

<sup>3</sup> De los años 1895 a 1900.

<sup>4</sup> En *La Patria*, especialmente; en *El Heraldo*, *La República*, *La Revista*, *El Tiempo* y *El País*. Salvo *La República*, ninguno de estos diarios existe ahora.

*carta humorística, de la que transcribo algunos párrafos:*

*«Ya lo creo que simpatizo con su publicación, como con todas las que tienen igual noble tendencia y levantadas miras, con mayor razón si se atiende a que son esfuerzos que no dejan provecho monetario alguno y por ende colocan a sus creadores en el apostolado de los que solamente buscan el mejoramiento intelectual de sus coterráneos y la educación del gusto por las gayas letras. Si Usted mal no recuerda, mi diario EL PAÍS<sup>1</sup> no tuvo otro objeto, fuera del azaroso de minar la Administración Iglesias.<sup>2</sup> Y con placer lo recuerdo: fué aquella hoja un hermoso campo en donde lucieron sus dotes nuestros pollos de combate y en el que cosecharon bien merecidos laureles quienes son considerados hoy como autoridades literarias en nuestro pobre Ateneo. Allí tuvimos el gusto de leerlo a Usted varias veces al lado de Brenes Mesén, Zúñiga Montúfar, Guillermo Vargas, Lisímaco,*

---

<sup>1</sup> Este buen diario se publicó de 1900 a 1902.

<sup>2</sup> El Gobierno de D. Rafael Iglesias. Duró de 1894 a 1902.

Luján, Claudio, Chocano<sup>1</sup> y tantos otros que me ayudaron en empresa tan ardua como improductiva.

«Claro que hoy, que Usted me pide mi granito de arena para su edificio, no seré yo el ingrato que se lo niegue. Coja Usted de entre los entecos hijos de mi pluma el que más viable le parezca y póngalo al servicio de su ARIEL, que aunque bien sé que se me parecen en lo desgarrados y maltrechos, eso mismo me hace quererlos por ser mis hijos legítimos. Deles la mano de afeite y compostura que Usted usa y échelos a la calle, decentitos y carilimpios, en tal guisa que si lástima den, no causen ascos.

«Si Usted me pregunta cuál me gusta más, perplejo me verá para contestarle; todos son Magones y por igual los quiero. EL CLIS DE SOL tiene más mala intención que sus hermanos; UN DÍA DE MERCADO EN LA PLAZA PRINCIPAL tiene más ánimos y más colores; NOCHE-

---

<sup>1</sup> Roberto Brenes Mesén, Tobías Zúñiga Montúfar, Lisímaco Chavarría, Agustín Luján, Claudio González Rucavado, José Santos Chocano. Salvo este último, todos son escritores costarricenses.

*BUENA tiene cierto perfumillo a cohombro y piñuela que no es del todo desagradable; MI TÍO CHEPE GONZÁLEZ asoma pujos de patrio-tero y camorrista y huele a pólvora con humo y a mordisco de cartucho; ¿QUIERE USTED QUEDARSE A COMER? tiene su chispa y su ruborcillo y sus confesiones de pobre de levita, que no son despreciables. En fin, mi amigo y querido Moto,<sup>1</sup> como dejo dicho arriba, échele usted el guante a lo que se le antoje y échelo por los papeles cómo y cuándo a bien le venga. Fué en 1895 o 96 cuando rompí a escribir esas tonterías y se publicaron en LA PATRIA de Aquileo,<sup>2</sup> siendo el primogénito NOCHE-BUENA, que vió la luz en un 25 de diciembre, creo que del 95. Después, casi cada domingo resultaba un nuevo cuento.*

---

<sup>1</sup> Nombre con que el Autor y otros más me llaman en la intimidad cariñosa y familiar, en recuerdo de José Blas, el Moto (el huérfano), héroe infortunado de un cuento de costumbres costarricenses que publiqué por el año 1900.

<sup>2</sup> Aquileo J. Echeverría, primo del Autor y el poeta por excelencia popular de Costa Rica.

*Retrato mío, no tengo: Tobías Zúñiga Castro<sup>1</sup> tiene; caso que no tenga, publique el de cualquier buen mozo rubio de los que Dios ha echado al mundo y póngale mi nombre; de seguro que se me parece.*

*¿Autobiografía? 45 años, viudo, pobre, trabajador, honrado (aunque ya dije que era pobre y parecería repetición), tico de nacimiento y de corazón, pues no el ombligo sino el corazón tengo allá enterrado; observador y copiadador de observaciones; denunciante de la rica veta «Costumbres nacionales», explotada con provecho por mis amigos<sup>2</sup>; hice estudios en el Instituto Nacional (el Dr. Ferraz<sup>3</sup> dirá con qué éxito); diputado por San José, milité en los*

---

<sup>1</sup> Primo y amigo íntimo del Autor; jefe del partido zuñiguista y candidato a la Presidencia de Costa Rica en 1905.

<sup>2</sup> En otra carta carta añade el Autor:

«Si dice Ud. algo, a manera de presentación, no olvide decir que Magón es el descubridor y denunciante del riquísimo filón que con tanto acierto y donosura han explotado después Usted, Aquileo, Claudio, Cardona (Jenaro) y otros. Es presea que estimo y defiendo porque me pertenece.»

<sup>3</sup> El Dr. don Valeriano Fernández Ferraz, educador español y Director, por los años de 1879, del entonces Instituto Nacional.

*campos de la oposición a la política de Iglesias; esquivelista<sup>1</sup> de los decepcionados por la infame traición del negro ese; zuñiguista que por su gusto emigró y que hoy se ganó la vida a brazo limpio en esta gran ciudad, en donde educo a mis tres hijas y dedico todas las horas libres a la investigación de medios de servir a Costa Rica, a la que nadie quiere con más cariño ni respeta con más sinceridad. Asegurado para caso de muerte y para caso de accidente, y más que asegurado contra decepciones por la experiencia adquirida; ni envidioso ni envidiado; hombre de pocos pero de muy buenos amigos; con vergüenza y sin miedo; con fe en sí mismo y muy poca en los demás. Dios y mi Diestra y Nunquam Retrorsum, por lemas. Sin escudo y sin escudos.—Magón.»*

Nueva York, Dic. 1910.

EL EDITOR.

---

<sup>1</sup> Partidario del ex-Presidente D. Ascensión Esquivel. Al finalizar su período de mando, en marzo de 1906, el señor Esquivel desterró violenta y arbitrariamente a tres—don Tobías Zúñiga Castro inclusive—de los candidatos que entonces aspiraban a la Presidencia de la República.

2 DE NOVIEMBRE

**M**ANUEL González Z., saluda afectuosamente a sus amigos de ultra-tumba en el día dedicado a su recuerdo.

Los saluda afectuosa y respetuosamente, los acaricia desde este pedazo de tierra que los vió nacer y que cubre hoy sus tumbas, desde ésta para ellos patria querida, donde aún rueda sola la cuna que meció su infancia y en donde el viento de los años y el soplo de los recuerdos esparce las cenizas frías de sus hogares apagados, desde este girón del Universo en donde tantos suspiran hoy y vierten abundoso llanto al solo despertar de un leve recuerdo de los que ya descansan y duermen el sueño eterno.

Salud, amigos cariñosos de la infancia, compañeros de escuela, niños que dejasteis amontonados al pié del sepulcro que cubre hoy vuestras cenizas, el cartapacio, el trompo, el bolero, el Mantilla, el Ollendorf, los apuntes de Bertoglio, las cartas de la novia, la gorra de colegial y el eco vibrante de vues-

tra carcajada infantil. Salud, Jorge Hine, Faustino Sáurez, José Arias, Célimo Castro, Jenaro Gutiérrez, Alejandro González Soto, Jorge Castro Fernández, Roberto Twight, Francisco Cubero, Alberto Lahman, Marcial Rojas, Lorenzo Montenegro, Francisco Loría, Manuel González Ocampo, Arturo Salazar, José María Gutiérrez, Jorge Nanne, Manuel Zúñiga V., Franco. Hidalgo, Franco. Quesada, Mariano Hurtado, Francisco Pinto. ¡Salud y respeto a vuestro nombre inmortal, vosotros que llevasteis a nuestras almas obscuras la brillante luz de la instrucción, maestros queridos! ¡Salud, Adolfo Romero; salud, Alejandro González; salud, Rodolfo Bertoglio; salud, José de Torres Bonet, Tadeo Gómez, Enrique Rawson, Enrique Twight, Pedro James Anderson, Doctor Castro, Doctor O' Leary, Mr. Dee, Dr. Herrera, Francisco Picado, Leopoldo Montealegre, Lic. A. Castro! ¡Ante vuestro venerando recuerdo me descubro respetuoso, y a vuestro nombre vibra en lo más íntimo del corazón la fibra de la gratitud. ¡Dormid en paz, ora en esta tierra que fecundasteis con vuestras doctrinas, ora en rincón apartado de este suelo, pero siempre en paz!

Salud, Juan Diego Braun, Federico Lahman, Rafael Pacheco, Leonidas, Pedro, Isaac Zúñiga, Luis y Rafael Hine, Manuel José, Bautista y Alberto Aguilar, Solón Bonilla, Francisco y Julián Zamora, Ricardo Marchena, Carlos Federico Willis, Jorge Ross, Santiago Durán, Donato Iglesias, José María Solano, Federico Freckman, mi General Vicente Vargas, Eulogio Carranza, Juan Hernández, Pedro Antonio Ortuño, Luis Sáenz, Tino Ureña, Alberto Mora, Ricardo Ureña, Clodomiro Echandi, Luis Gargollo, Miguel Tapia, Salomón Iglesias, José Calderón, Hilarión Aguirre, Pío y Juan F. Fernández, Joaquín Madriz, Juan Mora Castro, Federico Volio, Guillermo Esquivel, Gustavo Pacheco, Doctor R. Morales, Saturnino Blen, Claudio Tinoco, Joaquín Pablo Vélez, salud y cariñoso recuerdo, amigos de mi juventud, esperanzas risueñas de la patria tronchadas en flor, sea vuestra eterna compañera al lado de vuestra tumba la constante simpatía de los que aún quedamos peregrinando en lucha abierta con los azares de la vida.

Y por fin, salud a mi inolvidable «Maestro», mi mejor amigo, mi cariñoso padre; duerme en paz, saborea en tu angosto lecho de pie-

dras el descanso que tanto anhelabas, regocija tu espíritu desprendido ya de la inmunda vestidura de la carne y en tus horas de celestial contento deja caer sobre esta bola de barro tu mirada cariñosa, busca a tus hijos en medio de los afanes del trabajo y alientalos en su fatiga con el recuerdo de tus virtudes, con el sentimiento de tu alma templada al fuego del sacrificio. No dudes que tu nombre no ha dejado un solo instante el borde de mis labios, que tu imagen está siempre conmigo grabada en mi corazón, y que a cada nueva amargura, a cada nuevo sacrificio, a cada nuevo desengaño, me preparo para la lucha con el recuerdo de tu nombre. ¡Duerme en paz, querido «Maestro»! Aún vives en el corazón de todos tus discípulos, aún resuena el eco de tu voz en los salones de tus viejos amigos; y si algo me llena de justo y legítimo orgullo es poder decir a todo el mundo, henchido de vanidad, con el mismo retintín con que otros pudieron llamarse herederos al trono de Inglaterra, «Soy hijo del Maestro, de don Joaquín González.»

*La Patria, 2-xi-95.*

## JORGE ISAACS

Lo conocí personalmente; departí con él horas y días enteros. Tuve esa fortuna que fué para mí clarísima luz de sol en medio de las tinieblas del infortunio que me acosaba. Fué en 1892, en Bogotá, en la Atenas de la América del Sur.

Era de mediana estatura, delgado y de formas proporcionadas, de ojos negrísimos y soñadores, de semblante sereno, tez bronceada por el sol del Magdalena, bigotes espléndidos que fueron en un tiempo negros como ala de cuervo, ya cubiertos, como el cabello, con la nieve de los años, sombreaban con delicado tinte la blanquísima dentadura bien conservada. Voz meliflua, hablar acompasado y correcto, mirada escudriñadora y cariñosa, cerebro firme, pensamiento elevado, idea liberal. Lo acompañaba entonces su hijo, vivo retrato del Efraim de María.

Tenía ideas de confraternidad hacia Costa Rica a la que «respeto y quiero, decía, como a la hermana de Caridad de nuestros liberales desterrados».

No hablé con él, sólo preguntaba y escuchaba absorto sus brillantes frases, con el arrobamiento que merecía su fama y su nombre inmortal grabado ya en mi corazón desde los primeros años de mi infancia.

Lo preocupaban entonces sus negociaciones sobre minas de carbón en las márgenes del Magdalena, sus asuntos tomaban malos giros y se apesadumbraba por tantos contratiempos.

Unos libreros españoles «Curriols y Seide» catalanes, habían hecho una edición furtiva de su «María» y le robaban su propiedad literaria. Seguía entonces el juicio ante los tribunales, con todos sus trámites molestísimos, como traslados, rebeldías, incidentes, apelaciones, etc.

Y a todo esto, con la fortuna por enemiga y con la patria entregada en manos de los conservadores; resonando en el recinto de la Cámara la voz de sus enemigos de partido sin poder ahogar con sus ecos los de sus brillantes discursos cuando en aquellas curules sólo tomaban asiento los adalides del liberalismo.

Y a pesar de tantas contrariedades capaces de concluir con la paciencia del alma mejor templada, Jorge Isaacs conservaba toda su

energía, toda su exquisita cortesía, todo el vigor de su espléndida imaginación y todo su cariño por los amigos de su María.

Aún resuena en mis oídos su cariñosa despedida y sus frases de aliento y jamás se borrará de la cámara oscura de mi mente la imagen de su figura simpática y delicada, incapaz de soportar el peso de tanta gloria, de tanto renombre y de tanto infortunio.

*La Patria, 10-xi-95.*

## EN BLANCO

**A**sí debían estar la mayor parte de las columnas de este diario si no fuera que a los señores suscritores les caería como pedrada en ojo de boticario encontrarse con que ya no hay quien escriba, aquí donde casi no hay quien lea.

Pero es el caso que nuestras emergencias son raras, los sucesos nulos, los hechos de sensación, negativos y nuestras costumbres, monótonas y desabridas. No sabe uno qué hacerse cuando después de cortar en cuartillas unos cuantos pliegos de papel, moja la pluma y va a emborronarlas. ¿Qué diré, qué escribiré? Nada. No hay acerca de qué hablar, nada que referir y con solo pamplinas es una barbaridad llenar un diario serio, conspicuo, bien redactado y apreciable como han dado en llamarse nuestros amigos y hasta nuestros contrapartes.

Y si no, dígame Ud. querido lector o respetable lectora, ¿qué escribo? ¿Tiene Ud. alguna noticia que darme o algún pie aunque sea forzado para esta prosa insípida? Pues deme Ud. la una y el otro y ya verá qué cosas

lindas echo yo por esta patituerta pluma, oji-negra y roñosa.

Porque miren Uds., señores, ayer se verificó la elección de Múncipes, Regidores, Padres de la provincia, o como Uds. quieran que los llame; pero, ¿es éste un suceso de sensación? Ya a Núñez y Moreno los conocemos en esta palestra, ya son gallos jugados y estamos perfectamente al tanto de lo que valen en ese sentido. Varela, el mismísimo Maestro Varela del Teatro Nacional y de las viejas cuestiones con Marín; Fernández Guardia, Echeverría, Pacheco y Sáenz, se están afilando ya la navaja y creemos que serán de buena picada y de alto vuelo, pero no hay que olvidar que el gallo viejo con el ala mata y que no faltan en el Consejo espolones de a jeme y gallos cruzados con tigrillo y gabilana.

Pero, ¿y todo eso que huele a cancha de gallera, qué les importa a Uds? Tanto como la guerra de Abisinia o la salud del Sultán de Turquía.

Que se ocupe el nuevo Municipio de la cañería y del Tranvía, que los deje en pie de verdadera práctica y habrá cumplido con su deber a satisfacción de todo el mundo.



¿Que ya llegó la Compañía Peyres y que pronto se abrirá la temporada? Bien por el canto y el verso: bien venida sea la famosa troupe y buen viaje tengan nuestras escasas pesetas, desde nuestros escuálidos bolsillos hasta la repleta caja del señor Peyres, a quien desde ahora recordamos que aquí está Magón con nosotros, el terrible ogro de los malos autores y el constante ensalzador de los cómicos de mérito.

\*

¿Que se acercan las fiestas con corridas de toros, giganta, indios, cura, pisuicas y demás mantudos; retretas, juegos de pólvora, dados, ladronera y taba? Magnífico no faltará ninguno de nosotros, sacaremos suertes, echaremos una manita, nos medio socaremos si fuere preciso y de utilidad pública.

\*

Que ya principia la construcción de los portales con sus negras de a vara, sentadas junto a una casa de a pulgada, viendo tranquilamente al Rey Herodes degollando inocentes más grandes que la mula del Paso y más pequeños que un pato de porcelana que se zabelle entre un espejo rodeado de musgos y caracoles y allá a lo lejos, cae la cascabala de papel

sobre el puente de palos de fósforos que cruje con el peso de un tren lleno de carruchas de hilo con locomotoras de lata y humo de algodón teñido; todo sin acordarse, ni su conductor ni el Jefe de la Artillería vecina, de que en el año de uno ni había trenes ni cañones. Huele a cojombro y piñuela y llueven hilos de cobre plateado en forma de colochos de carpintero pegados con cera de chuste al pedazo de tarlatana azul que finge cielo con sus nubes de gasa almidonada y sus estrellas de cartón dorado y papel de estaño. Pero habrá chicha de maíz negro y guayacán, sin contar con la mistela de leche en las casas rumbosas y el sabroso cocktail de la Generala Jiménez.

Allá iremos en sabrosa procesión todas las noches de luna y nos llenaremos de júbilo, como cuando niños, y nos pincharemos con los espinos blancos que hacen pared divisoria entre la realidad descarnada del hoy y la poética remembranza del feliz ayer.

•

Nada, que nada hay que decir ni de qué ocuparnos para llenar estas columnas, que por lo tanto se quedarán el blanco.

*La Patria*, 14 -XII- 95.

## NOCHE-BUENA

*A mi amigo y primo Tobías Zúñiga Castro.*

Vamonos pastores,  
vamos a Belén,  
a ver a la Virgen  
y al Niño también.

**C**ORRÍA para mí el dichoso año de 1872. Libre de las faenas escolares, en plenas vacaciones, pasados los sustos y angustias de los exámenes, despedido ya de los queridos profesores don Manuel, don Adolfo y don Angel Romero, don Amadeo Madriz y mi tío don Alejandro González, frescos aún en mi memoria sus últimos consejos y en mi cuerpo sus últimos reglazos y coscorriones, me disponía a gozar con todas mis fuerzas de los veinte o treinta días de libertad relativa, dando de mano al Cinelli, al Herranz y Quirós, a la Arimética de «don Joaquín», a los carteles y a las planas rayadas en cuarta.

Soñaba una noche con mi trompo de guayacán con puyón de tope, obra maestra de ñor

Santiago Muñoz, y lo veía triunfante, roncando desdeñoso entre un montón de monas por él destrozadas, esparcidas las canelas, abolladas las cabezas de tachuela de tanto y tanto tataretas que con él habían osado medirse en sin igual mancha brava. ¿Qué eran para él sino objetos de desprecio, la mona de cacho de Narciso Blanco, el obispo de cocobola del Cholo Parra y el pasarraya de Arnoldo Lang?

Después entraba el bolero, orondo como cura de parroquia grande, con su casquillo de cápsula de revólver y su cazoleta ancha y honda como la pila de la Plaza. Y echaba docenas con los mejores jugadores y los dejaba avergonzados: una una, una dos, una tres, una cien, y destorcía el cordel con aire magistral y seguían los millares de revueltas hasta caer el brazo desfallecido y dejar rojos como tomates a todos los contrincantes, como el Sapo Gutiérrez, Isaac Zúñiga y toda esa pléyade de valientes campeones.

El bolero se esfumaba en el rosado horizonte y aparecía el barrilete colosal, más grande que mi padre, de varillas de cedro labradas por la diestra mano del maestro Moris, con sus frenillos de cabuya torcida y encerada, con su forro de lienzo de a real, de donde

don Pepe, sus flecos de vara y media de colétilla azul y roja y con un rabo de buen mecate entrelazado con muestras de zarazas de brillantes colores. ¡Y qué cuerda! de más de tres cuabras, toda encerada a mano por Nácar, el rey de los zapateros, con chuste legítimo de maría seca; y ya estábamos en la boca de la Sabana, a donde había llegado en triunfo el barrilete, escoltado por los primos y amigos íntimos como guardia de honor y más de cien chiquillos como espectadores; y Chepe me lo echaba y Abraham le quitaba los colazos y Félix le metía correos y Tobías le echaba engaños; y todos aplaudían y me enviaban, porque yo era el dueño y señor, yo tenía el ovillo en la mano y la cuerda arrollada en la cintura. De repente el viento reforzaba su violencia, el barrilete impelido por el huracán daba grandes cabezadas y ¡zás! la cuerda se reventaba y toda la máquina, hecha un remolino, caía por allá por los cafetales de Pío Castro. El susto me despertaba del sabroso sueño y todavía sudoroso y convulso, abría de par en par los ojos a la claridad suave de la mañana, un veinticuatro de diciembre.

Hería mis pupilas con inusitado reflejo el abigarrado color del vestido que sobre un baúl

de cuero me esperaba al lado de la cama. Componíalo una chaquetilla ajustada a usanza mujeril, de color verde esmeralda, con botones de hueso, un pantalón corto y ancho de color anaranjado con franjas azules, un birrete de coletilla amarilla con hermosa pluma de gallo, un par de medias «maternas», rayadas de azul y blanco, una caña brava, con flores de trapo y campanillas de cobre en la punta superior, a modo de cayado, una zalea de color de ladrillo que me prestaba don Pedro Zúñiga y un par de zapatos amarillos de «talpetao» con correaje ídem. Era mi equipo de pastor, mi uniforme de gala, con el que debía recorrer desde las cuatro de la tarde hasta media noche, cantando y bailando, todos los portales importantes de la capital, en unión de veinte compañeros, muchachos y muchachas, ensayados y dirigidos por el bondadoso e inolvidable don Marcelo Zúñiga.

Esperar a que pueda describir el cúmulo de emociones que la vista de este traje despertaba en mi alma de siete años, querer enumerar las cien mil peripecias que su adquisición me costaba y los pleitos, promesas, lágrimas y propósitos de enmienda que habían servido de peldaños para escalar el deseado puesto de

pastor, sería obra de nunca acabar, así como el Teatro Nacional o el Ferrocarril al Pacífico. Pero estaba al alcance de mi mano, era mío propio, hecho casi todo a mi medida, por Ramoncita Muñoz y la niña Gertrudis, para mí entonces las más aventajadas modistas que blandían tijera. Sí, era mío; en el forro del birrete se leía con grandes caracteres mi nombre con el estribillo de «Si este gorro se perdiera, como suele acontecer, etc.» Era muy mío, como mi alma, como mis años, como mi niñez.

Llegaban por fin las cuatro de la tarde, las que me hallaban armado de punta en blanco con mi caña y mi ramo de flores de pastora.

—Cállate, demontre, me decía mi madre, si seguís atarantando con esa campanilla no vas a los pastores, te quito el vestido.

—Ya despertó a Marcelina, decía mi abuelita; este mocoso es insoportable. ¡Dejá esa maldita caña, muchacho!

—Que los llama don Marcelo, gritaba Aquileo desde la puerta, ataviado de pastor, con las medias caídas y las faldas de fuera.

—Y corran porque ya nos vamos, ya llegaron los músicos, decía Alejandro Cardona, blandiendo su caña encintada y su gorra de pana (porque era de los ricos).

Corríamos en tropel, saltando de gozo, a formar en la ancha acera de la casa de don Marcelo. Allí estaban José, Chico y Ricardo Zúñiga Valverde, Isaac y Abraham Zúñiga Castro, Alejandro y Jenaro Cardona, Félix y Aquileo Echeverría, Chepe y yo, cada uno con su compañera, las Gargollo, las Zúñiga, las Cardona, las Aguilar, todas preciosas, llenas de vida, con la alegría en los ojos y la dicha en los corazones.

Rompía la música en acordes formados por notas de cristal, con armonías de arroyo murmurador, entre el campanileo de los cayados y las voces argentinas de los pastores cantando villancicos de sin igual ternura, expresión sencilla de cariño infantil hacia el Niño Dios y a su preciosa y adorada madre la Virgen María.

Así recorriamos uno a uno los portales olorosos a piñuela y cohombro, albahaca y piña, con sus racimos de limas y naranjas, pejiballes y coyoles, con sus encerados figurando montañas, y sus vidrios representando tranquilos lagos, con sus entierros, procesiones, carretas, degollación de inocentes, escenas populares, críticas de costumbres, lluvias de hilos de plata, luna y sol de cartón dorado y cercas de piedra y barro de ollas. Y allá en

el hueco de una roca, con huevas de algodón salpicado de talco, sobre un montón de pajitas en forma de nido de gorriones, el Niño Jesús, el Hombre-Dios, desnudo y con los bracitos al aire y en actitud juguetona, con aureola de risa y majestad de rey; ese precioso conjunto de gracias y de martirios con que la imaginación del hombre ha personificado a su Salvador.

Todo respiraba satisfacción, alegría, infancia, todo llenaba el alma de dulcísimas emociones, que revolotean rápidas y brillantes como doradas mariposas.

Y luego la espumosa chicha y el picante chinchibí y los ricos tamales y el jolgorio y el bailoteo y los cantos y los triquitraques en el portal de Chanita, con su Paso de Guatemala y sus indios de Guatemala y sus molinos y sus culebras y su amable sonrisa y su contento sin rival, su exquisita finura y su mistela de cominillo y perfecto añor.

Bendito mil veces el recuerdo querido de aquellos años felices, bendito el que dijo por primera vez:

Vamonos Pastores,  
vamos a Belén,  
a ver a la Virgen  
y al Niño también.

*La Patria*, 24-XII-95.

## UN BAÑO EN LA PRESA

**C**RUCÉ en compañía de mi hermano Chepe la esquina de doña Guillerma Cacheda, con dirección a la Plaza Principal, llegué a la tienda de don Maurilio, torcí a la derecha hasta la escuela de las niñas Gutiérrez, no sin pararme largo rato en las aceras del Bazar Atlántico de don Manuel Argüello y pedir a Baltasar, en «La Esperanza» de don José Trinidad Chaves, un pedacito de hielo que me duró hasta la esquina de la Artillería. Ibamos a la Escuela de don Adolfo Romero, una mañana del mes de Marzo de 1874. Mi equipo consistía en un vestido de cotín azul con vivos blancos, blusa de botones de hueso con sus dos bolsas pecheras, calzón de media pierna, botas de becerro con delantera colorada y águila americana, compradas donde «Lescoviche» y sombrero de fieltro panza de burro, forma de bolsa de chorrear café, de los más baratos que introducía don Julián Carazo.

Bajo del brazo y colgando de un orillo de paño, regalo del maestro Madriz, llevaba mi

## UN BAÑO EN LA PRESA

**C**RUCÉ en compañía de mi hermano Chepe la esquina de doña Guillerma Cacheda, con dirección a la Plaza Principal, llegué a la tienda de don Maurilio, torcí a la derecha hasta la escuela de las niñas Gutiérrez, no sin pararme largo rato en las aceras del Bazar Atlántico de don Manuel Argüello y pedir a Baltasar, en «La Esperanza» de don José Trinidad Chaves, un pedacito de hielo que me duró hasta la esquina de la Artillería. Ibamos a la Escuela de don Adolfo Romero, una mañana del mes de Marzo de 1874. Mi equipo consistía en un vestido de cotón azul con vivos blancos, blusa de botones de hueso con sus dos bolsas pecheras, calzón de media pierna, botas de becerro con delantera colorada y águila americana, compradas donde «Lescoviche» y sombrero de fieltro panza de burro, forma de bolsa de chorrear café, de los más baratos que introducía don Julián Carazo.

Bajo del brazo y colgando de un orillo de paño, regalo del maestro Madriz, llevaba mi

## UN BAÑO EN LA PRESA

**C**RUCÉ en compañía de mi hermano Chepe la esquina de doña Guillerma Cacheda, con dirección a la Plaza Principal, llegué a la tienda de don Maurilio, torcí a la derecha hasta la escuela de las niñas Gutiérrez, no sin pararme largo rato en las aceras del Bazar Atlántico de don Manuel Argüello y pedir a Baltasar, en «La Esperanza» de don José Trinidad Chaves, un pedacito de hielo que me duró hasta la esquina de la Artillería. Ibamos a la Escuela de don Adolfo Romero, una mañana del mes de Marzo de 1874. Mi equipo consistía en un vestido de cotón azul con vivos blancos, blusa de botones de hueso con sus dos bolsas pecheras, calzón de media pierna, botas de becerro con delantera colorada y águila americana, compradas donde «Lescoviche» y sombrero de fieltro panza de burro, forma de bolsa de chorrear café, de los más baratos que introducía don Julián Carazo.

Bajo del brazo y colgando de un orillo de paño, regalo del maestro Madriz, llevaba mi

bulto, hecho de un cartón de tijeras, primoroso obsequio de don Teodorico Quirós. Contenía ese bulto una pizarra, un cuadernillo de papel de venas, un casquillo de puerco espín, una regla de cedro, mi trompo, un mango verde y una botella de agua dulce con limón, tapada con un olote.

Los mejores propósitos me llevaban a esa hora a mis cuotidianas lecciones; pellizcaba de cuando en cuando la cáscara del mango y me saboreaba en mascarme una de lima que en la bolsa del calzón me había encontrado; repasaba los nudos del cordel de mi trompo y le emparejaba con los dientes las canelas y secos que me le habían inferido en la mancha brava de la víspera, en el altozano de la Catedral.

De repente me siento cogido por la espalda, con un par de manos olorosas a zumo de naranja encima de los ojos, y una voz vibrante y juvenil que me grita:

—¡Manuelillo, huyámonos de la escuela y vamos a bañarnos a la presa, va con nosotros Toño Arguedas, los Pinto y el Cholo Parral

El que me llamaba con tanta zalamería era mi amigo íntimo, mi compañero inseparable, mi siempre admirado negro, Alejandro Gon-

zález Soto, el que hoy duerme el sueño eterno en el fondo del océano, digna tumba de tan digno carácter.

Vacilé un instante, el deber me llamaba a la escuela, veía pasar por delante de mis ojos, amenazadores y terribles, las riendas que mi padre usaba como instrumento de castigo, veía las lágrimas surcar silenciosas por las pálidas mejillas de mi madre y oía la voz de mi hermana Marcelina, que decía: «No le pegue más, papito, no le pegue más». Hice un débil esfuerzo para alejar aquellas visiones importunas, y como el acero sigue al imán, me sentí arrastrado por el placer de la escapatoria y el baño y contesté:

—Bueno, vamos, pero cuidado nos cavilosean.

Todos deshicimos parte del camino recorrido y a saltos y brincos, llegamos a la presa, al lugar en donde hoy se encuentran los lavaderos públicos, en las orillas del río Torres, camino del Ballestero.

Como cincuenta varas antes de desembocar a la plazoleta que daba frente al remanso, ya la mayor parte de nosotros no tenía puestos más que los calzones; todo el resto del vestido colgaba ya en apretado motete debajo del brazo. Era cuestión de alta nombradía lograr

echarse al agua el primero. Ese puesto no se le podía arrebatar al Cholo Parra, que no usaba zapatos y casi no gastaba camisa ni chaqueta; para él quitarse los calzones y la camisetilla de manta era la obra de persignarse un cura loco, y apenas si podíamos oír el chasquido del agua al caer el pesado cuerpo cobrizo del Cholo, al principiar nosotros a soltar la faja de los calzones.

El Cholo, Toño y los Pinto eran insignes nadadores, se tiraban de la Punta del Cascajo y después de estar consumidos largo rato, braceaban airosos hasta el Castillo, del que tomaban posesión a los pocos minutos.

Alejandro y Chepe no alcanzaban puntos tan altos, aunque sí aguantaban mucho de consumida y nadaban de «a lao» y de espaldas. Si no me equivoco, Alejandro sabía dar el zapatazo y ya casi hacía el candelero, pero este último ejercicio sólo recuerdo exactamente habérselo visto hacer a Parra con una perfección envidiable.

Yo era, además de mal nadador, sumamente pusilámine y era para mí obra de mérito cuando me tiraba del Cascajillo y con «nadao» de perro llegaba, ahogándome, a la Pocilla de los chiquillos, con un pie en el fondo y el agua

a la cintura; pero me daba aires, tenía mi cáñamo amarrado a la barriga como el Cholo y sacudía desdeñoso la cabeza para quedar peinado con un golpe de agua, como coyol «chupao».

Todos los compañeros estaban ya en el agua; sólo yo estaba tiritando, sentado a la orilla del Cascajo, contemplando envidioso los graciosos movimientos de los nadadores, sin atreverme a echarme al río, cuya temperatura había tanteado metiendo la pierna hasta la rodilla.

—¿Y diai, no te echás? me gritó Alejandro.

—Echémolos al Cascajo, vociferó Toño, al mismo tiempo que Jenaro Pinto me zampaba en el pecho una pelota de barro.

Atemorizado, convulso, lloroso, corrí a ampararme al lado de una lavandera que estaba metida hasta la pantorrilla en un ojo de agua lleno de cabezones y ranas verdes, y tal era mi congoja que no veía por donde pisaba, resbalé en una laja y caí entre la batea de la pobre vieja, emporcándole la ropa de segundo ojo y un fustán engomado, que parecía un globo ensartado en una mata de güísaro llena de manchas de jabón.

La vieja me cubrió de insultos y nalgadas y me asertó un mojicón en un ojo que me hizo ver candelillas.

Del pozo me sacaron entre Alejandro y Toño y en medio de una algazara de once mil diablos, sordos a mis gritos y patadas, me lanzaron a medio río, en donde me dí un panzaso que me dejó colorado como un tomate todo el vientre y parte de la rabadilla.

Me ahogaba, tragaba agua a borbollones, estaba perdido, la vivísima luz del día llegaba amarillenta a mi pupila buena al través de las fangosas aguas, y mis esfuerzos eran impotentes para salvarme. Sentí que me agarraban de una mano, que me tiraban fuertemente y por fin la luz hirió mi vista con inusitado brillo, con fulgor indescriptible. Eché a llorar en medio de las carcajadas de los compañeros y me encaminé mustio y cabizbajo, como perro regañado, al lugar en donde me había desvestido. Soplaban un viento fuerte que me acalabraba; fuí a ponerme los calzones y no pude, me les habían echado biscocho; a la camisa y a la blusa les había pasado otro tanto; cada nudo de aquellos, apretado por las robustas manos del Cholo Parra, era una bola de billar indestructible. Por fin, a fuerza de dedos y dientes y uno que otro rasgonazo, logré deshacer el daño y vestirme. ¡Nuevo tormento! Se habían llevado el bulto los de la

Banda Chiquilla, Jenaro Pinto se había comido mi mango y Ernesto se había bebido mi agua de dulce con limón, y todos huyendo me habían dejado solo.

Lloré largo rato, me encaminé a casa con un miedo horrible, llegué cuando principiaban a servir la comida, oí la voz de mi padre que preguntaba airado por sus riendas, y caí en el quicio de la puerta, víctima de un desmayo.

. . . . .  
. . . . .

Todo había sido un sueño, pero un sueño horroroso, tan horroroso y tan.... que.... vaya, pues lo digo. No, baste saber que todo ese día el colchón de mi cama, tendido sobre dos taburetes, recibió los ardientes rayos del sol.

*La Patria*, 12-1-96.

## UN DIA DE MERCADO EN LA PLAZA PRINCIPAL

**Y**o vivía en la casa de mi abuela doña Chanita Castro, establecimiento «El Toro,» esquina opuesta del Seminario, junto a la fábrica de hielo de Chaves y taller de Ricardo Méndez. Desde muy temprano oía, al través de la pared anchísima de adobes, el constante rodar de innumerables carretas por el empedrado desigual de la calle y el rumor más o menos sordo, me hacía inferir el contenido.

—Seguro que esa cal es de Indalecio Fallas.

—Y esa otra es leña, y ese que acaba de parar en raya el chirca enfrente de la pulpería, es Juan Ureña, «oílo» pidiendo su trago.

Ya en la pulpería, abierta desde las cuatro de la mañana, se oía el murmullo de las conversaciones de los parroquianos.

—¡Buenos días, Pedro!

—Buenos se los dé Dios, Ureña.

—Echeme unos tragos pa mí y pa los muchachos. ¡Arrímense a espantar el diablo!

—¿Qué tomás, Indalez?

—Pa mí un isná con gotas.

—Pa mí cususa.

—Pa mí un mistao.

Se oía el rastrilleo de los caites de los «muchachos», el golpe seco del eslabón y los pasos de los que, ya con el diablo «espantao», volvían a su faena de «bueyeros».

Pronto, el paso «picao» largo de un macho «mosquiao» denunciaba la presencia de don Mariano Monge. Paraba en la pulpería, entraba haciendo resonar las bolitas de las espuelas, tomaba su ron de a diez, sacaba del pecho de su algodón de jerga su buen bolsillo de seda repleto de cuartas y plata blanca, pagaba y se volvía a montar en su «mosquiao», con más aires que Roldán y más plata que el Gobierno. Ya en la esquina, volvía el macho y con aire altanero preguntaba:

—¿Se debe algo?

—No señor, está pago, decía Pedro.

Y don Mariano se alejaba.

A las seis de la mañana, ya estaba yo bebiéndome mi bebida y preparando los sacos y canastos para ir con Chanita a comprar el diario.

—No te se olvide el saco pa la verdura; y cuidao con andarte perdiendo; ¡ya sabés

que compramos en el canasto y vas echando en el saco que dejás onde don Pepe!

—Mamitica, decía mi madre, me compra las moras y el almidón de Cartago, y si hay pacayas, tráigale un diez a Joaquín.

—Y a mí un cinco de coyolitos para comer con dulce.

—Y vea que el dulce sea del fino de ñor José María Rivera, el del otro sábado estaba revenido.

—¡A cómo estarán hoy los frijoles de Santa Ana!

—¡Sepa Judas!; si se está uno comiendo materialmente la plata; hoy hace ocho no rebajaban de quince el cuartillo; eso y los güevos, qu'están a cuatro por medio, va ber que dejar de comerlos.

La cocinera, consejero nato de mi casa, era consultada previamente acerca de la especie, calidad y cantidad de los víveres; y ella, con sus nagüillas de zaraza de color indefinible, su camisa de gola y su pañuelo de rabo de gallo en el pescuezo, contestaba con tono magistral, a la vez que se pasaba por las narices y los lagrimales una de las puntas del pañuelo de hombros:

—Pos yo conozco los ayotes pejiballes de

pellejillo con solo enterrarles la uña y que sean bien esparramaos; los de onde ña Cusdia Cordera son como buenos.

—Y si ve a Concho el de mana Menegilda, mérquele los tacacos, que son sin estopa, y hora què digo estopa no se li'olvide terse achote del de tusa y el librillo pal mais.

Tras de ese seguían mil encargos; Chanita cogía su sombrilla y su pañolón, yo la canasta y los sacos, y ambos emprendíamos la marcha hacia la Plaza Principal, hoy Parque Central. Todavía en la acera de las niñas Freer nos alcanzaba dando grandes voces la chichigua de Marcelina para decirle algunas palabras a Chanita, de las que a mi oído apenas si llegaban las de tripa... bitoque... y otras de las que nada sacaba en claro.



La Plaza Principal, con su baranda de hierro, sus hermosos higuerones e higuitos y su pila monumental, únicos testigos mudos de aquellas escenas, era el lugar de mercado a donde acudían los vendedores y compradores, unos en espera de la módica ganancia, los otros en busca del pan nuestro de cada semana.

Las calles circunvecinas estaban cubiertas de truchas, armazones de madera y techo de manta, tiendas ambulantes, unas de ropa hecha, otras de artefactos de hojalatería, otras de tiliches y en fin, otras de santos o cromos de carácter puramente religioso. El gran rectángulo estaba lleno, en variada confusión, de víveres, entre los que descollaban enormes montones de papas, ayotes, zapallos y repollos, grandes cueros secos en forma de batea, llenos de maíz y frijoles, espléndidos tendidos de atados de dulce oloroso a caña, e infinidad de ventecillas de vainicas, chayotes, elotes, nabos, coles, rábanos y todo el gremio de las sabrosas verduras que adornaban nuestras suculentas ollas. Las frutas eran a la vez que abundantes, de una risible baratura: mangos, limas, pejiballes, tunas, naranjas, cidras, plátanos, verdes y maduros, guineas amarillas y moradas, guineos machos, piñas, membrillos, duraznos, higos verdes, matasanos, nances, aguacates, zapotes, marañones, coyoles, y en fin, ese millón de riquísimos dones, con que la Naturaleza virgen de este privilegiado rincón de la tierra ha empalagado a todas las generaciones de chiquillos.

Frente al Cuartel Principal, y dentro de la

Plaza, en correcta fila estaban arrodajadas las vendedoras de melcochas, «sobao», «güesillas», rosquetes de Alajuela, biscocho, empanadas de chiverre, turrone, puros de Iztepeque y bajejas, con sus mercancías sobre sendos canastos cubiertos con servilletas de hilo, adornadas con caballito rojo o encaje de tres puntadas. Seguían las polleras, vendedoras de huevos, gallinas, chompipes, patos y demás volátiles, después los molejoneros y por último las moreras, con sus vestidos característicos de pursiana azul con ojos blancos y sus jucós llenos de sabroso fruto.

En la banda oriental, con largos cajones a modo de bancas, su cuchillo de mesa oxidado y su reglita o medida llena de muescas, campeaban los jaboneros, entre los que figuraban muchachos de familias decentes. Recuerdo que a las doce en punto, con el cuchillo y la medida, redoblaban sobre el cajón acompañando al tambor del Cuartel y no era posible que despacharan ni una barra hasta que habían terminado su tarea de redoblantes.

Seguían a estos alegres vendedores los arroceros y negociantes de cacao, con su mochila de pita colgando del cuello, encerrada en el pecho, sus manos empolvadas y carrasposas

y siempre mascando granos del mejor Nicaragua o del Matina más colorado. Después los hojalateros con sus rayos de latas de canfín, sus jarros, sus platos con abecedario en el borde y elefante en el centro, sus santos con vidrio y marco lleno de soldaduras, sus camarines cuajados de soles, estrellas y medias lunas coloradas, verdes y azules, su hornillo y sus candiles, tintero viejo del «áccido» y barra de soldadura para remiendos instantáneos.

—¿Cuánto me lleva por echármele marco a mi Señor San José?

—¿Con vidro o sin vidro?

—Con vidrio porque se me destiñe.

—Seis reales.

—Trato hecho; ahí se lo dejo y vuelvo el sábado; y dígame, ¿mañana podrá cogerme una gotera de limajoya?

—No señora, eso sólo Maján o Mates.

Seguían los herreros, entre los que descollaban las figuras de Mr. Berry y el maestro Santiago Muñoz, con sus tendales llenos de armellas, hachas, bisagras, llantas, bocinas, varillas de carreta, etc., todo criollo, hechizo, con el color que les dejaba la fragua y las rayaduras de lima. Tras éstos vociferaban los chiquillos pajareros, arrimados a las gradas

de la pila, con sus jaulas de tora y verolís, unas ordinarias, otras en forma de cuartel o iglesia con torrecillas, e invariablemente la caja de sardinas llena de agua herrumbrada y la guinea o la escudilla de alpiste.

—¿Cuánto pide por ese agüío?

—Treinta.

—¿Y por ese setillero?

—Se lo doy en cuarenta y cinco, porque es collarejo y cantador.

—¿Ese yigüirro es macho?

—Pues claro, hora estaba haciendo enredijos y eso que está peleche.

Y cada uno salía con su viuda, su rey de picudo, su canario de costa, su mozotillo o su cacique naranjero.

Y por todas partes, atropellando viejas, regando sacos, deshaciendo montones, en medio de los denuestos de los perjudicados y las risotadas de los espectadores, con su cajón de pino a la altura del vientre, sostenido por ancha correa de vaqueta, lleno de tiliches como botones, agujas, aretes, gargantillas de perlas falsas, broches, cintas de papelillo, betún de Masón, mechas para eslabón y mil otras chucherías baratísimas, y con las manos llenas de pañuelos de a diez y rosarios de

cuentas de vidrio, pasaba, saltaba, vociferando su mercancía hasta enronquecer, el gracioso tipo de tilichero, con su sombrero ensartado hasta las orejas, saliendo el mechón de pelo por el boquete de la copa y su cara de desvergüenza y su risa de superioridad altanera.

—¡Fósforos de globooooo! ¡a dos cajas por cincooo!

—Negrita, cómpreme esta gargantilla de ámbar legítimo de Mompelas y este par de aretes de dublé fino que nunca se ponen negros.

—Este chato sí le va a comprar a ña María el rosario bendito por el Nuncio de Lima, con cuentas de madera del Huerto de los Olivos. En seis reales le vendí uno a Bupedra y a Usted se lo doy en cuatro.

—No friegue; écheme acá una mecha pa eslabón y no me jorobe más, pero que sea de las que echan buena yesca y se les saca cola de a jeme.

Y todos estos cuadros vivos, llenos de sangre joven y aliento de atleta, de sabor de tierra virgen y perfume de honradez y virtudes, pasaban en medio de una alharaca espantosa como el bramido del océano, bajo los ardientes rayos de un sol de trópico, precursor de lluvia torrencial y teniendo como techo el

azul purísimo de ese cielo que nos cobija y que es nuestro orgullo, nuestra tarjeta de bienvenida, nuestro blasón nobiliario.

Pues bien, a ese maremagnum entrábamos Chanita y yo, ella a comprar el diario, yo a cargármelo.

—¿Cuánto dijeron de güevos?

—Dos reales, un diez de yucas, veinte de vainicas, y el diez de pacayas.

—Andá comprate las vainicas, aquí te espero y si no me hallás aquí, las echás al saco y te me juntás en la venta de cacao de ñor Bejarano. Mirá que no te las den con hebra y que no sean de las de palo; son a cuatro rollos.

Mi abuela me daba la plata y yo, relativamente libre, despachaba la compra y con un diez que unas veces me daba doña Bárbara Bonilla, otras don Aquileo Echeverría y otras papá, compraba seis manos (30 granos) de cacao Nicaragua escogido y con esa moneda de cuño antiguo y que hoy ya no circula, cambalachaba por melcochas, «güesillas», mangos y limas, me echaba al coletto mi buen jarro de chinchibí de donde don Matías Valverde y conseguía un par de docenas de jaboncillos, que iban a parar junto con las frutas compra-

das y cachadas, al seno, a esa bolsa sin fin de los muchachos de mi tiempo.

Concluida la compra del diario y repleto ya el gran saco de brin que servía de depósito, la canasta atestada de huevos y mantequilla lavada e higos para hacer dulce, el par de súrtubas y el palmito arrimados al saco y el manojo de cebollas de San Juan coronando el nutritivo altar, principiaba el para mí difícilísimo trabajo de la carga.

—Ñor José, écheme por vida suyita, este saco al hombro.

—¿A cual carga usté?

—Al izquierdo.

El enorme saco, pesando sobre el delicado hueso de la clavícula, me hacía zanja con los bordes de unas condenadas tapas de dulce, a pesar del colchón que los frijoles trataban de interponer: agarraba la boca del saco con la mano izquierda, me metía el canasto hasta la sangradera del derecho, cuyo sobaco oprimía ya las súrtubas y el palmito y agarraba con la mano el rollo de cebollas. El chonete me servía de tapojo y tras de cuatro o cinco pujidos, lograba echarme a andar por la mal enladrillada acera, camino de mi casa, que estaba a dos cuadras de distancia.

De repente algún caritativo pasajero me gritaba:

—¡Chiquito, se le van regando las alverjas!

A aquella voz de alarma volvía todo el cuerpo para poder contemplar el daño; me arribaba a la pared para equilibrarme; las súr্তুbas y el palmito se escurrían de debajo del brazo y al hacer un movimiento brusco para sujetarlas, el saco se me iba a la espalda, me maltrataba horrorosamente los nudillos del espinazo; la muñeca izquierda, ya acalambrada, cedía al dolor de la torción violenta, y con estrépito que a mi acongojada imaginación parecía el del juicio final, el enorme saco se venía al suelo, esparciendo su contenido en media calle, yendo a parar el ayote de pellejillo al caño sucio y quebrándose en mil pedazos un «atao» de dulce y unos cuantos huevos de la canasta.

Con la cara como un chile, cubierta de sudor y nublada la vista por enormes lagrimones y las narices chorreando candelas, me ponía a juntar los víveres desertores y a acomodarlos en el maldito saco, haciendo inventario de las pérdidas irreparables y de los heridos menos graves. Un zapallo estaba inútil, los rabos de las cebollas llenos de barro, una tapa

de dulce había hecho blando nido en una boñiga y las yemas y claras de media docena de huevos salpicaban todo el embaldosado y parte de la pared.

Por fin, previo un nuevo auxilio de un ñor José y algunas precauciones, lograba seguir mi calvario; pero mi contento de verme tan cercano al fin de la jornada, ya en la esquina de ñor Juan de Jesús Jiménez, en frente de mi casa, se desvanecía dando lugar a la mayor angustia. Cleto Herrera, Tatono Bolandi, Abraham Zúñiga y otros más que a mí me parecían miles de foragidos, despreciando mis gritos y mis injurias y aprovechando mi estado de indefensión absoluta, me sacaban las mangas de la camisa y mis mangos, mis melcochas, mis «güesillas», mis limas y mis dos docenas de jaboncillos rodaban a mis pies y eran presa de aquellos salteadores, que a mi vista y paciencia se los tragaban, riéndose de mi copioso sudor y llanto. Y no era eso lo peor, sino que con la violencia, me habían saltado el botón de los calzones, único sostén de esa adorable prenda, y al dar yo el primer paso hacia mi casa, se me escurrían y se me escurrían hasta dejarme casi atadas las pantorrillas, en cuya vergonzosa y triste figura me

acercaba a la puerta de mi hogar paterno.

—¡Cójanme el diario, que no puedo subir la grada porque traigo caídos los calzones; cójanme esto!

A mis gritos acudía la familia toda, me descargaban y previo un par de puntapiés por sin vergüenza, me hacían entrar de las orejas.

—Aquí falta una tapa de dulce y un zapallo, decía mi abuela.

—Fué que...

—¡Silencio! ya viene con sus mentiras. Ahora, en castigo, en cuanto almuerce, mete esa carretada de leña!

No había apelación: estaba convicto, confeso y sentenciado. Pensaba un rato en las injusticias de la vida. Almorzaba con apetito voraz, y metida la leña, llenos de raspones y cáscaras las orejas y el pescuezo, echaba un sueño de ángel, feliz en el regazo de mi madre.

*La Patria*, 19-1-96.

## UN ALMUERZO CAMPESTRE

**B**UENO, entonces te espero sin falta a las seis y media de la mañana en la «Caballeriza del Norte». ¿Tenés bestia?

—No, pero yo consigo con don Aquileo un caballo y talvez me preste montura. ¿Qué debo llevar?

—Llévate una caja de sardinas, media libra de salchichón y una media docena de huevos duros. No te se olvide algo de beber.

Mi interlocutor y yo nos separamos y yo me fuí a conseguir bestia, montura y provisiones. Se trataba de un paseo al campo con almuerzo frío, en las orillas del Torres, camino de Puntarenas, cerca de la Uruca. No hay para qué agregar que ella iba con su familia en carreta y que yo no debía faltar so pena de perder novia y soportar el ridículo ante mis compañeros.

Me fuí donde don Aquileo; le expuse mi compromiso y la necesidad ineludible de que me prestara un caballo y una montura. Con ese motivo entablamos este diálogo:

—Hombré, lo que es caballo no te puedo prestar porque están en el Barreal; y el único que tengo es la yegua de la pelota y está gafa y muy próxima. Llevate la montura que está en el cuarto de la ropa sucia, pero eso sí, tenés que componerle un arción y remendarle la gurupera.

—Muchas gracias; ¿y el freno?

—¡Ah! lo que es freno no tengo: tal vez donde Cholita te presta uno, Leonidas o Tobías.

—Pues voy donde Cholita.

Después de mil circunloquios y ofrecimientos de devolución en buen estado, conseguí un freno sin barbada con riendas de mecate algo más que reventado y lleno de nudos.

Pero me faltaba lo principal, como a Isaac, la víctima del sacrificio, el caballo.

¿Quién tiene un caballo? ¿Quién me presta una bestia cualquiera? Buen rato me ocupaba esa idea tenaz, fija,

«sin tregua, a toda hora,  
aunque talvez mi rostro indiferente  
no dejara reflejar sobre mi frente»

la urgencia que tenía de un caballo cualquiera.»

Pero Dios no abandona al que con sinceridad le pide en un apuro y vuelve a él los

ojos suplicantes, aunque sea en demanda de una miserable yegüilla. Ese Sér Supremo que pone diques al embravecido océano, siembra de estrellas el velo azul del cielo y da abrigo y uvitas de güitite al yigüirro indefenso, creó para comodidad de su hechura más perfecta, al macho Kilgus con su gran caballeriza y sus caballos de alquiler.

La posteridad, única que hace justicia, pondrá en su debida altura el nombre del macho Kilgus a la par de los de Guadalupe Quesada, Maximino, Beltrán Murillo, Beltetón y toda esa pléyade de oportunos saca de apuros de la humanidad.

Me fuí donde Kilgus:

—¿Tiene Ud. un caballo regular que me alquile para ir a la Uruca mañana a las seis?

—Sí hay, ¿a que horas vuelve?

—Será como a las dos de la tarde.

—Vale cuatro pesos, que se pagan adelantados y se lleva el Quirós, que es un retinto pasitrotero fino.

Discutimos precio, consintiendo Kilgus en rebajarme seis reales por no poner montura, y todo quedó arreglado para que un muchacho de la caballeriza llevara el retinto a casa, a las seis, para ensillarlos.

El resto de la tarde lo empleé en la compra de los víveres o provisiones que se me habían designado, y con todos ellos listos y bien envueltos regresé a casa a ocuparme del arreglo de la montura. En el cuarto de la ropa sucia, conforme me había dicho don Aquileo y debajo de un canasto que servía de ponedero a las gallinas, estaba la tan mentada montura, cuya descripción merece párrafo aparte.

Fué cuando nueva, por allá por la época de la invasión de Morazán, la silla de dominguear de mi bisabuelo don Alexo Ramírez, Teniente de Gobernación de la provincia de Costa Rica, del Nuevo Reino de Guatemala. Casi no quedaba de ella sino el fuste cola de pato, con pico descomunal, con tachuela de plata, (tachuela que se sustituyó por una miserable armella de hierro herrumbrado), con aletas retorcidas hacia adentro, abarquilladas por el peso que de años atrás venían soportando en el suelo enladrillado del cuarto que le servía de blando lecho; los lomillos habían pasado a mejor vida y no tenía una «arción» descompuesta como don Aquileo aseguraba, sino que carecía completamente de ella, pero arrancada de a raíz, sin correa ni estribo; carecía en absoluto de gurupera y la cincha, de las de dos argollas

con cordelitos, estaba en sus últimos instantes, pues se conservaban enteros sólo cuatro o cinco de los veinticinco mecatillos que originalmente le daban vigor y fama. En la semi-oscuridad del cuarto me pareció ver que la famosa montura estaba adornada de tachuelas de plata con correitas de cuero blanco muy bien trenzadas, pero esa ilusión se desvaneció cuando la saqué a luz; las tachuelas y las correitas eran purísimas.... es decir: como el canasto ponadero estaba encima, las gallinas echaban sobre la cola de pato o bien en el ancho pico, sus sabrosas siestas y de ahí todos esos bajorelieves que hubo que raspar con un chingo de la cocina y lavar con un trapo mojado. Las hebillas no aflojaban ni para atrás ni para adelante, parecían soldadas al cuero viejo y cada esfuerzo era un nuevo rasgonazo de la correa; no hubo más remedio que cortar de cuajo la única «arción», comprar dos correas nuevas y acomodarles un par de estribos de fierro prestados por Mister Berry, el herrero de la esquina. Se suprimió la idea de gurupera y la enorme montura quedó con honores de galápago inglés, mezcla híbrida de todas las invenciones talabarterísticas del mundo, y embadurnada de unto fresco para

suavizar la vaqueta, consejo de la cocinera, que le agradecí en el alma. De la cobija de aplanchar recorté cuidadosamente un mantillón de color indefinible, y un saco viejo hizo veces de pelero. Cambié las riendas del freno por otras de sondalesa nueva, más decente que los mecates deshilachados de que estaban formadas, y con esa nueva reforma, el apero quedó listo para encajárselo al Quirós, retinto pasitrotero fino.

A las seis de la mañana del siguiente día, ya estaba yo esperando a la puerta la llegada del retinto, vestido con mi mejor flux, con ancho sombrero de pita, pañuelo de seda rojo al pescuezo, camisa tigrilla de lana, faja de becerro charolado y chuspa de ante con su respectivo Smith y Weson (descompuesto y sin cápsulas) para plantear alardeando de hombre de pelo en pecho.

Dieron las seis y media y el caballo no asomaba; un sudor glacial invadía mi frente, y la congoja y la rabia hervían en mi pecho. Maldije al muchacho, al macho Kilgus y a todos los machos que vienen a comerse el pan del país y a engañar a los que como yo, estaban en un serio compromiso. Faltaría un cuarto para las siete, cuando desembocó en la

esquina de la Universidad un caballo retinto conducido por un chiquillo mugriento, ambos a paso de pedir limosna: ¡era el Quirós!, retinto pasitrotero fino. No pude contener un grito de desaliento: aquel animal no tenía con la noble raza caballar más punto de contacto que el de ser cuadrúpedo, aunque con el rabo pelado al rape por la sarna o el piojillo parecía quintúpedo, si no se tiene en cuenta que la jícara le llegaba con el colgante de la jeta casi hasta los corvejones. Venía meditabundo y pensativo, con aires de filósofo de la escuela de Diógenes o de poeta de los de cuchara y escudilla; el espinazo parecía la serranía de Candelaria y desde la matadura central hasta la cruz había una cuesta capaz de competir en gradiente y gradante con la cuesta del Tablón o la trepada de los Anonos. ¡Cada costilla con su vértebra y su cartílago podía recorrerse a simple vista desde la médula espinal hasta el esternón; las rodillas eran tan anchas como los cascos y parecía el conjunto de la canilla una pata torneada de mesa; los ojos se escondían entre unas profundas cuevas, lo que le daba un semblante cadavérico como de chiricano con tercianas y la jeta inferior colgaba con aire desprecia-

tivo; era gacho de la oreja izquierda y tenía una nube opalina en el ojo del mismo lado.

No había que andarse con repulgos de empanada; la hora y las circunstancias apremiaban, y dejando para mejor ocasión las lamentaciones, me apresuré a ensillar aquel alacrán con el debido respeto a sus años y a sus innumerables heridas y cicatrices.

El freno le quedaba corto y el pobre retinto quedó como un niño, con barboquejo. Al irle a poner la colosal montura-galápago, el jamelgo se encogió como tubo de binóculo y enderezó la única oreja hábil, mirándome de reojo, como en son de súplica y miramiento; le llené la cuesta del espinazo con el pelero en dos, le encaramé la cobija-mantillón y le dejé caer cuidadosamente el fuste; apreté la cincha lo menos que la prudencia permitía y después de pasarle suavemente la mano por la descarnada anca, me monté y le dí el primer latigazo para que comprendiera que «no iba tan solo.»

El retinto cogió un trotecillo de perro regañado y ambos, caballo y caballero, recorrimos gran parte de la ciudad hasta la «Caballeriza del Norte», que estaba en el Paso de la Vaca; allí me dijeron que mi compañero, cansado de esperarme, había ya partido y que

había dejado dicho que iría despacio para que lo alcanzara.

Volví al retinto y le puse proa al río Torres; el viaje hasta la cruzada del camino de Santo Domingo se hizo sin novedad, siempre a trote de perro con ribetes de masaculillo que me llegaba al alma; allí alcancé a ver como a doscientas varas la carreta en donde iba ella con su corpiño de zaraza azul rayada, sus enaguas verde botella y su sombrerito de palma con vivo de guinga y flores de verolís de caña. El corazón me dió un terrible bote y olvidándome de todos los percances hasta ahí vencidos, «talonié» el retinto, le zampé un fuerte chilillazo y le solté la rienda para que galopara, pues quería, además de alcanzar a mi adorado tormento, disimular la facha del ruco y probar a sacarle una pluma y pararlo en raya al borde mismo de la carreta.

Paró el rabo el chirca, enderezó la oreja buena y salió disparado como si llevara vejiga o cajón de lata; como a cinco varas de la carreta tropezó con una piedra, se fué de hocicos, se reventó la cincha y me lanzó de cabeza sobre el manteado de la carreta en donde caí raspándome la cara en uno de los arcos, en tanto que la montura que me ha-

bía seguido se metió como una bala por debajo del pabellón cayéndole en media cara a mi futura suegra y rompiendo a una de mis cuñadas media nariz con uno de los estribos; sobre mi novia cayeron las alforjas de mecate y la llenaron del vinagre de un frasco de encurtido que allí llevaba como eventuales.

Todas las ofendidas pusieron el grito en el cielo y me trataron de animal, tonto, malcriado y cuanto es posible decir y que se le ocurra a uno en esos casos. Me llevaban todos los diablos con el macho Kilgus y su retinto fino pasitrotero y juré vengarme. Un tío de mi novia me bajó bruscamente del toldo y un cuñado tiró la montura con todo y alforjas a una zanja, no sin que antes otro me hubiera arrimado un buen pescozón ofreciéndome que luego nos arreglaríamos . . .

Todo lo hubiera yo soportado con la paciencia de Job, si no hubiera sido que mi novia, mi ilusión, mi encanto, mi todo, se acercó a mí con semblante descompuesto y con agría voz me dijo:

—Caballero, su acción de hoy me demuestra lo que es usted. Achará el tiempo que yo he perdido en darle a usted cuerda. ¡Todo ha concluido entre nosotros, espero que esta mis-